PSYKHE
1999, Vol.8, Nº 2, 73-83

Copyright 1999 by Psykhe
ISSN 0717-0297

Vivencia Infantil del Clima de Violencia y Represión bajo Dictadura su Relación con la Constricción y el Miedo, cuando Jóvenes

Chilhood Personal Experiences of a Violent and Repressive Milieu under Dictatorship and their Relationship to Constriction and Fear, in Young People

Salomón Magendzo
Manuel Rubio
Brigite Aubel
Universidad Academia de Humanismo Cristiano

Se presentan resultados de un estudio con jóvenes de sectores populares sobre sus recuerdos infantiles vinculados con el clima de violencia y represión que caracterizó a Chile durante la década del 80', sus contenidos y la implicancia emocional que esto tuvo, así como su efecto en el tiempo. Esto se vincula con la autopercepción actual como jóvenes en el continuo constricción-expansión y en la vivencia emocional del miedo. Para el análisis se distinguieron dos tipos de población: una intensamente reprimida y la otra difusamente reprimida. Los resultados muestran que, como niños durante los momentos de protesta y represión, el 37.2% experimentó dicho clima con sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva (el 62.9% de los que vivieron en una población intensamente reprimida y el 16.3% del otro tipo de población). Sin embargo, como jóvenes, el 78.7% de ellos se reconocieron como expansivos. En lo que respecta a la vivencia del miedo, una mayor parte se caracterizó como nada o poco miedoso (el 67%).

It presents the results of a study about the experience of fear amongst youth from poor areas, who as children lived through a climate of repression and protest that was characteristic of Chile during the 1980's, and throughout the military dictatorship. The study focuses on the emotional implications, past and present, of this era. It links the self perception of the youngsters in a permanent constriction-expansion to the experience of fear. Two study groups were chosen for analysis, one intensely repressed and the other repressed too lesser degree. The results show that, as children during the time of protest and repression, 37.2% lived through this moment with a intense, prolonged and disruptive sense of threat (62.9% of those who lived intensely repressed areas and 16.3% in areas that suffered repression to a lesser degree). However, as youngsters, 78.7% of them recognised themselves as expansive. As far as the experience of fear is concerned, a greater portion characterised themselves as fearless (67%).

La presente investigación da cuenta de las vivencias que les tocó experimentar a un grupo de niños de sectores urbano populares durante el clima de violencia y represión que caracterizó a Chile en la década del 80' y el impacto que tuvo en ellos posteriormente como jóvenes. Los estudios realizados con anterioridad han estado mayormente dirigidos a personas o familias que experimentaron directamente la detención, desaparecimiento o la muerte, pero poco se ha indagado sobre las vivencias y los efectos psicológicos de la población que vivió bajo el clima generado por el proyecto político dictatorial (Alamo, 1995; Becker, Morales, & Aguilar, 1994; Codepu, 1990; Lira, Weistein, & Salomovich, 1985, 1986).

Este proyecto fue financiado por FONDECYT Nº 1971182 y patrocinado por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC) y el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE).
La Correspondencia relativa a este artículo debe ser dirigida a Salomón Magendzo, Director Departamento de Psicología, UAHC, Compañía 2015, teléfono 687-3768, fax 695-4824, E-mail: smag@mailnet.Rdc.Cl

Para Tomás Moulian (1997), la dictadura militar chilena hizo uso del terror como racionalidad estratégica, anulando la movilización política y la posibilidad de cuestionar los actos del poder. Sin embargo, la crisis económica que se vivió a comienzos de la década del 80' facilitó la irrupción de energías sociales dormidas, mayormente a través de protestas callejeras.

Según Moulian, el régimen no supo cómo reaccionar frente a la originalidad de las protestas y repitió su modo de acción habitual: la represión, que se ejecutó bajo dos formas. La primera, fue la tradicional, con requerimientos judiciales, allanamientos masivos, redadas, restricciones a la libertad de prensa, entre otros. La segunda, fue la del «baleo», una forma adicional en que la represión no estaba dirigida a los líderes de las cúpulas, por el contrario, su brutal eficacia residía en el azar y el sembrar temor entre las masas. Así, las jornadas de protesta antidictatorial de fiestas y rito catártico se fueron transformando en escaramuzas cada vez más peligrosas.

Con esta forma de represión brutal e indiscriminada, que afectó más a algunas poblacio-

nes que a otras, se intentaba que los pobladores se sintieran amenazados, víctimas potenciales de los actos de los sectores más radicales, con el fin de que éstos fueran aislados. El régimen jugaba a desgastar, a hacer pagar un alto costo por las protestas. Según Moulian, había que reimponer que con el poder no se juega. Por eso, los métodos de persecución generalizada sólo se usaron entre los sectores considerados más vulnerables.

En este clima de violencia y represión vivieron su infancia los jóvenes considerados en este estudio.

Mahoney (1991) sostiene que el desarrollo humano se caracteriza por un permanente proceso de oscilación entre dos polos que se relacionan dialécticamente: la expansión y la constricción. En esta perspectiva, las experiencias vitales, tanto individuales como colectivas, contribuyen a construir un tipo de organización mental, es decir, modos de aproximación a la realidad, de vivir la existencia, que se acercan más a uno de estos dos polos y que, también, caracterizan los modos particulares mediante los cuales un individuo se relaciona consigo mismo y con los otros.

La expansión y la constricción han sido relacionadas con las polaridades de actividad y pasividad, que son singularidades primeras de la experiencia humana. La expansión en su dimensión pasiva se caracteriza como el sentido humano de la receptividad, la confianza, la permisividad y la alegría; en su dimensión activa, como una tendencia a la exploración, la esperanza, el compromiso y el entusiasmo. Por el contrario, la constricción, en su dimensión pasiva, se caracteriza por la desesperanza, la apatía, la depresión y la falta de compromiso; en su dimensión activa resulta en una tendencia a la vigilancia, la ansiedad, la preocupación y la evitación (Mahoney, 1991).

Consistentemente con las investigaciones en las temáticas del afecto y el desarrollo evolutivo los períodos de expansión han sido asociados a un creciente sentido de lo lúdico en la experiencia de la vida cotidiana (Gibson, 1988; Maddi, Hoover, & Kobasa, 1982; Rodrigue, Olson, & Markley, 1987).

Los individuos, desde una perspectiva desarrollista, están concientes que la experiencia de vida siempre oscila entre expansión y constricción y deben familiarizarse con el rol que esta oscilación tiene en la dinámica personal. Sin embargo, tampoco se debe desconocer que los individuos dependiendo de sus experiencias recurrentes de vida y, en especial, si éstas son muy tempranas, tienden a consolidar modos de ser más proclives a la expansión o a la constricción.

Sin duda, la expansión se puede identificar con el sentido de libertad que un individuo puede sentir y expresar. Esa sensación de libertad le hace sentir seguro y productivo. En cambio, la constricción se asocia con el miedo, con el vivir con temor, con la sensación permanente de estar en peligro, con la necesidad de tener bajo control los aspectos de la existencia. El que una persona viva constrictivamente limita el desarrollo de sus potencialidades individuales y sociales.

El supuesto del cual se partió en la presente investigación, fue que los recuerdos infantiles de los entrevistados que vivieron en poblaciones afectadas por la represión intensa y masiva estarían en la línea de experiencias estresantes y de connotación traumática, impropias de una infancia normal. En consecuencia, se hipotetizó que todo eso tendría efectos negativos en ellos como jóvenes, por lo que se encontraría una mayor tendencia a la constricción y a ser personas miedosas en el momento de las entrevistas al compararlos con jóvenes que provinieran de una población difusa y menos tangiblemente reprimida.

Dicha hipótesis se construyó desde la teoría del impacto neuronal, a saber, que un contexto traumático queda instalado en el circuito emocional de quienes lo viven mientras están tempranamente en el proceso de organización mental. De tal modo que recuerdos de dicho contexto pasan a ser gatilladores muy sensibles, listos para sonar y dar la alarma al menor signo de que un momento aterrador va a suceder nuevamente (Goleman, 1995). Paralelamente, desde un enfoque psicosocial, se pensó que el amedrentamiento colectivo como política de Estado transformaría el mundo social en un lugar peligroso, frente al cual se habría configurado, en aquellos que tuvieron que padecerlo, una suerte de organización mental colectiva que podría denominarse como insegura y evitativa, donde la emoción del miedo era prioritaria (Becker, Morales, & Aguilar, 1994; Codepu, 1990; Lira, Weistein, & Salomovich, 1985, 1986).

Como se puede deducir, por un lado, se partió de la idea de que los contextos de socialización tienen influencia en los modos particulares en que los individuos construyen su estar en el mundo, en la significación que le dan a sus vivencias y las formas de asumirla. El yo no puede entenderse adecuadamente si se lo separa del contexto social particular en que se formó (Berger & Luckmann, 1984). Por otro lado, las teorías elegidas que permitieron la construcción de los supuestos e hipótesis no sólo

están determinadas por la validez de ellas, sino por el hecho de que los investigadores fueron testigos personales del clima amenazante y traumatizante que significó la dictadura en Chile. Es decir, la subjetividad de los investigadores influyó en forma decisiva en la elección de las teorías y las hipótesis.

Cabe aclarar, que nuestro propósito no fue centrarnos en aquellos jóvenes que siendo niños vivieron situaciones extremadamente traumáticas, como por ejemplo, la desaparición, encarcelamiento, tortura o ejecución de un familiar cercano. Más bien nos centramos en aquellos jóvenes que siendo niños vivieron un clima de represión generalizada que afectó su entorno, jóvenes que en su infancia no fueron atendidos psicológicamente por un caso de represión focalizada a su núcleo familiar, sino que vivieron insertos en una población en la cual la represión se ejerció de manera sistemática y generalizada en contra de la comunidad. Este tipo de población, sufrió allanamientos masivos, presencia policial constante, diversas formas de hostigamiento que la diferenciaba de otras poblaciones, incluso en la misma comuna, en las cuales la represión se presentaba de manera más difusa y menos brutal.

Método

Participantes

La muestra estuvo compuesta por 80 jóvenes (42 mujeres y 38 hombres). Esta se conformó con la finalidad de lograr la máxima heterogeneidad posible, para ello se consideraron los siguientes criterios: jóvenes de ambos sexos, edades entre los 19 y los 24 años, pertenecientes a familias que, durante la infancia del sujeto, no hayan experimentado situaciones de represión directa (desaparecimiento, encarcelamiento y/o torturas por motivos políticos) e integrar una alta variabilidad en el tipo de jóvenes participantes (trabajadores, cesantes, dueñas de casa, universitarios, desertores del sistema escolar, drogadictos, etc.). Cabe indicar que el 53.8% de los jóvenes entrevistados vivieron en poblaciones difusamente reprimida y el 46.3% en intensamente reprimidas.

Instrumentos

Con el fin de recolectar la información se elaboró una estrategia de entrevista en profundidad y un cuestionario de autoadministración.

La entrevista en profundidad se realizó utilizando una pauta semiestructurada, con preguntas abiertas orientadas a conocer la existencia de recuerdos vinculados al clima de violencia política, los contenidos de esos recuerdos, las explicaciones atribuidas cuando niños a esos sucesos, sus reacciones emocionales y comportamentales, sus efectos en el tiempo y posibles influencias en el modo de ser actual. También preguntaba acerca de las reacciones familiares frente al clima de violencia y represión.

Para el análisis de la información obtenida, se procedió a generar una matriz de categorías que emergieron de los propios datos para las variables vivencia del clima indicado y percepción de la influencia de éste. Posteriormente, las entrevistas fueron tabuladas según estas categorías por dos de los co-investigadores y, cuando hubo diferencias, medió un tercero.

Cabe destacar que el equipo de investigación y dos ayudantes tuvieron una serie de reuniones con el fin de diseñar una entrevista que evitara, dentro de lo posible, cualquier forma de inducción y el fenómeno de deseabilidad social. Es así que la entrevista comenzaba por indagar acerca de los recuerdos de la infancia sin ninguna referencia al clima de represión y violencia. Posteriormente, los entrevistados eran invitados a confeccionar un collage, un dibujo y un listado de cinco palabras y/o frases de lo más significativo que ellos vivieron en su población entre los 6 y 12 años aproximadamente. Sólo si después de este proceso los entrevistados no mencionaban recuerdos referidos al clima de violencia y represión se les preguntaba si tenían algún recuerdo de algo que les hubiese tocado presenciar o vivir en relación con el régimen militar en su población, con el fin de conocer el eventual tipo de recuerdo y el sentido atribuido a la no expresión de éstos.

El cuestionario se dividió en dos partes. La primera indagaba antecedentes personales y variables que era importante tener controladas (calidad de la familia y participación en organizaciones comunitarias y/o políticas). La segunda, incluía dos escalas construidas específicamente en el contexto de la investigación: percepción de sí mismo en el continuo contricción-expansión y la autopercepción de la vivencia del miedo. Ambas fueron sometida al criterio de jueces.

La primera escala se construyó sobre la base de 12 pares de calificativos polares, en cada uno de los cuales el encuestado debía optar por una de las dos alternativas propuestas (por ejemplo: seguro-inseguro; ansioso-tranquilo). Estos 12 ítems daban un puntaje de 16 puntos, pues se calificaron doblemente cuatro de ellos (amado-poco amado; rígido-flexible; acepta la crítica-no acepta la crítica; social-poco social), por su mayor peso en el continuo constricción-expansión. Cada joven que acumulaba entre 11 y 16 puntos en la orientación expansiva era categorizado con tendencia a la expansión; los que obtenían menos de 6, con tendencia a la constricción; y los que alcanzaban entre 7 y 10 como indeterminados.

La segunda escala se elaboró sobre la base de siete ítemes tipo Likert, con afirmaciones que medían las dimensiones cantidad («yo soy una persona que le tengo miedo a muchas cosas»), intensidad («los miedos que tengo los vivo con mucho susto»), reacción («me cuesta sobreponerme cuando tengo un miedo») y regularidad de la vivencia del miedo («permanentemente tengo la sensación de estar con miedo»), frente a las cuales el encuestado manifestaba su grado de acuerdo (muy de acuerdo, de acuerdo, en desacuerdo, muy en desacuerdo). Los encuestados fueron distribuidos en cuatro grupos según el puntaje obtenido: nada miedoso, poco miedoso, miedoso, muy miedoso.

El cuestionario se aplicó a todos los jóvenes que integraban la muestra, con cuya información se realizó un análisis sobre el poder discriminatorio de los ítemes de ambas escalas. Para ello se seleccionaron dos grupos, conformado cada uno por el 21% de los que obtuvieron los más altos y los más bajos puntajes. De la versión original de cada escala se consideraron, para los fines del presente estudios, aquellos ítemes que discriminaban al 0.05 según la fórmula del Test de Student.

Diseño y Procedimiento

El diseño general de nuestra investigación se caracteriza como un diseño cuasi experimental sólo con medición final, en el cual el grupo experimental serían los jóvenes prove-

nientes de una población intensamente reprimida y el grupo de control estaría constituido por jóvenes del mismo sector social, proveniente de una población difusamente reprimida. Se descartó la posibilidad de hablar de una población no reprimida como grupo de comparación, puesto que la represión fue una política de Estado que generó un clima que afectó al conjunto de la sociedad. Cabe indicar que para la tipificación de la población se utilizó el criterio de informantes claves (dirigentes de organizaciones vecinales y de derechos humanos).

Los dos grupos experimental y control se caracterizaron como sigue:

1. *Poblaciones reprimidas intensa y masivamente.* En éstas la represión se vivió como un hecho que afectó a toda la comunidad, pues se ejerció en forma sistemática y generalizada mediante allanamientos masivos, presencia policial constante, disparos, golpizas, muertes, bombas lacrimógenas, ocupación militar (por ejemplo, uso de tanquetas para reprimir protestas de sus habitantes). Al respecto nos interesa detenernos en aquellos jóvenes que, siendo niños, no fueron atendidos psicológicamente por un caso de represión focalizada en su núcleo familiar, sino que vivieron la represión que afectó a toda la comunidad en la cual vivían.
2. *Poblaciones reprimidas difusa y menos tangiblemente.* En éstas la represión se presentaba de manera más difusa y menos brutal. La represión se vivía como algo menos tangible, se escuchaba de ella, se podía observar el desplazamiento de militares o comentarios sobre allanamientos masivos. Sólo eventualmente podía darse un caso de represión concreta, con un alto grado de selectividad y violencia, que podía afectar a una familia en especial.

Todas estas poblaciones son consideradas como parte de los denominados sectores populares, por lo cual a pesar de sus diferencias sus habitantes comparten situaciones de carencias materiales de vida, tanto a nivel individual como del espacio común. Siendo relativamente similares las condiciones de vida, se buscó que la forma e intensidad de la represión ejercida fuera una varible distintiva, de tal manera que las diferencias encontradas entre los entrevistados fuera posible de relacionar con la experiencia de represión vivida en su comunidad.

A su vez, pareció necesario controlar la variable *calidad de la familia*, para lo cual se utilizó el Test Apgar Familiar de Smilkstein (Maddaleno, 1986). Cabe mencionar que sólo el 5% de los jóvenes entrevistados calificaron la calidad de la interacción familiar como mala y el resto como buena y regular (62.5% y 31.3%, respectivamente).

Los informantes claves también colaboraron en la selección de los sujetos entrevistados y, para ello, fueron instruidos para no mencionar ciertos temas que pudieran prejuiciar sobre el contenido de la entrevista, tales como miedo, régimen militar, tiempo de las protestas, dictadura, represión, violencia y muerte. Los jóvenes simplemente fueron invitados a participar en una conversación que giraba sobre recuerdos de la infancia y su realidad actual. De todas formas, al iniciar cada entrevista se hizo una breve indagación sobre aquello que los jóvenes manejaban sobre la investigación. Si mencionaban alguno de los temas indicados anteriormente, no podían ser entrevistados.

Para analizar la relación significativa de la variable *tipo de población en que se vivió la infancia* con las variables que se presentan en los resultados, se construyeron cuadros de doble entrada y se aplicó el estadígrafo chi-cuadrado, estableciendo como nivel crítico de significación el 0.5.

Resultados

Autopercepción del Clima de Violencia y Represión en la Infancia

La información aquí presentada corresponde al análisis cuantitativo efectuado a las entrevistas de 78 sujetos que conformaron la muestra.

Al indagar en torno a los recuerdos que tenían de su infancia, 74 de ellos (el 95%) recordaron situaciones vinculadas al clima de violencia y represión. De esa cantidad, fueron 55 (el 70%) que lo hicieron de manera espontánea, ya sea cuando se les preguntó por los recuerdos más significativos de su infancia (8 entrevistados, el 10%) o cuando se les pidió que representaran lo que sucedía en su población mediante un collage, un dibujo y cinco frases o palabras (47 de los entrevistados, el 61%). Fueron 19 entrevistados (el 24%) los que relataron su vivencia de dicho clima sólo al preguntárseles directamente si tenían recuerdos de su infancia asociados al régimen militar, dado que con los procedimientos anteriores no surgieron recuerdos referidos a dicho clima. Cabe indicar que fue significativamente mayor la cantidad de jóvenes que vivieron su infancia en una población intensamente reprimida, que recordó dicho clima de manera espontánea (83% versus 61%).

Los jóvenes recordaron que cuando eran niños las protestas sociales del período 83'-87' las visualizaban como acciones masivas de reclamo, gritos y cantos; como tocadera de cacerolas u otros elementos; apagones, barricadas, quema de neumáticos, fogatas, velatones, marchas, piedras, bombas molotov, tomas y saqueos. La represión política la recordaron como toques de queda, estado de sitio, bombas lacrimógenas, carros lanza agua, tiroteos, golpizas, arrestos, asesinatos, operativos militares, allanamientos, uso de tanquetas y helicópteros.

Este clima fue vivenciado emocionalmente con diferentes grados de intensidad. Para dar cuenta de esto, se construyó la Tabla 1, contemplando los dos grupos de población del estudio, sobre la base de las siguientes categorías derivadas del discurso contenido en las entrevistas.

Ausencia de riesgo. Los entrevistados no tienen recuerdos vinculados al clima de violencia y represión; o éstos se presentan de manera bastante difusa, por ejemplo, puede que se haya escuchado alguna vez de un suceso, pero no se ha vivido de manera directa; o hay una relativa identificación con el régimen; como se observa en las siguientes citas:

«Me acuerdo que *una vez*, o sea, *escuchando a mi papá* que comentaba con un amigo que una vez él iba arrancando, me acuerdo, y alcanzó a saltar la reja de su casa y los milicos lo venían siguiendo» (E 9).

«... los disturbios, las manifestaciones, mil cosas, la gente organizándose en grupos para mostrar su desapruebo al gobierno.... En esta población no, porque eran partidarios de derecha.... Era como un sentimiento de justicia, así, yo quería que todos los malos fueran eliminados, cachai..., la gente que protestaba en las calles, la gente que marcaba la nota fea...» (E 55).

Sensación de amenaza reactiva y momentánea. La represión constituía una amenaza latente que se activaba como respuesta a las protestas y que *podía afectar la integridad personal o familiar*; o era una suerte de espectáculo que se observaba con miedo desde el hogar, el cual se significaba como lugar de seguridad y protección, frente a un peligro relativamente focalizado en otros. Se diferencia de la próxima categoría porque en el relato de la entrevista se observa que el sentido de amenaza a la integridad personal y/o social está siempre *circunscrita al momento* de la represión y la protesta. La cita transcrita a continuación, grafica lo que hemos descrito:

«Es una de las imágenes que me impactó harto cuando chica, cuando vi que una señora embarazada se iba llena de sangre. Yo no sé si, como estaban los milicos en la esquina, yo no sé si le habían disparado o si le había llegado un palo, pero yo me acuerdo que nosotros mirábamos solamente entre la reja y que mi mamá nos entró al tiro y todos gritando... harta gente con ollas, con piedras...» (E 46).

«Habían hartas protestas contra Pinochet, y me encantaban las protestas, pero me daban miedo. Yo siempre me quedaba mirando. Era algo permanente... Había unas que eran súper agresivas, igual me daba miedo que llegaran los pacos y tiraran bombas lacrimógenas a los departamentos, pero habían otras que eran como un carnaval, que salían todas las viejas con las cacerolas y los cabros abajo, con gritos, con cantos, con fuego. Para mí, en ese tiempo, no tenían un significado político, un significado de acuerdo al contexto que se estaba viviendo. Para mí era como una fiesta, era un carnaval, donde la gente se movía y hacía cosas distintas a las cotidianas» (E 47).

Sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva. Los entrevistados se sintieron como niños *amenazados en su integridad personal y familiar*, lo cual fue vivenciado con una gama muy variada e intensa de emociones, tales como, miedo, angustia e incertidumbre ante la posibilidad de sufrir la violencia represiva, mezclada con sentimientos de odio, desesperación y rabia, que en algunas oportunidades se expresaba mediante el llanto, la búsqueda de refugio, el quedarse perplejamente inmovilizados o aferrado a alguien que les proporcionara seguridad. Esa sensación de amenaza *tendía a prolongarse más allá del evento represivo e irrumpir en la cotidianeidad de los niños*:

«Sentía mucho miedo. Sobre todo cuando había helicópteros. Me escondía debajo de la cama. Pensaba que iban a allanar la casa. Pensaba que a mi papá... le podía pasar algo. Sentía super harta angustia...» (E 42).

«Tenía como cinco o seis años, llegaron los milicos en la noche a la población. Yo me acuerdo que mi casa era la primera de un pasaje. Arrinconaban a toda la gente. Estábamos tomando mate con mi mamá..., de las rendijas veíamos como, como se paseaban con las metralletas, con las cuestiones, con las pistolas en la mano y allí arrinconaban a toda la gente. Sacaban a todos los hombres de las casas, todos los maridos de las casas y los arrinconaban a todos allí en la muralla de mi casa; y yo sólo mirando así y mi mamá dijo 'escóndanse'. Nos hizo meternos a todos debajo de la cama.... Tenía miedo, igual me saltaba el corazón, tenía miedo y ya lloraba porque nosotros sabíamos que si le llegaba un balazo a uno... Yo pensaba que se iban a poner a disparar, a matar a toda la gente que estaban arrinconando allí en la muralla, poniéndolos en la muralla para pegarles un balazo...» (E 17).

«Difícil, porque igual yo quedé con un shock, con un shock porque andaba con miedo. No hablaba. Iba al colegio, no hacía tareas, me expulsaban, andaba en otra siempre. Nunca me.... o sea fueron meses, no fue tanto, cuatro o cinco meses, una cosa así, que tuve esa cuestión en la mente. Lo tenía aquí siempre. Miraba así para cualquier lado, miraba y veía que le estaban pegando, veía que a alguien le estaban pegando, veía gente jugar y a ellos los veía como que les estaban pegando, como que estaban peleando, fue un schok que me quedó, después ya lo supe superar con ayuda de mi madre» (E 61).

Al relacionar las variables se observa que existe una diferencia significativa entre el tipo de población y la vivencia que se tuvo del clima de violencia y represión. De hecho, el 62.9% de los entrevistados que vivieron en una población intensamente reprimida vivieron dicho clima con sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva; en tanto que en el otro tipo de población fue el 16.3%.

Este miedo vivido como amenaza intensa, prolongada y disruptiva que afectó al 37.2% de los entrevistados, implicó la presencia de algún efecto posterior a la vivencia represiva que prolongaron el sentimiento de amenaza, tales como, dificultades de sueño y pesadillas (44.2%), evocación espontánea de imágenes de violencia represiva (39.5%), sentimiento de miedo permanente (27.9%), fantasías reparadoras y catastróficas (25.6%).

Autopercepción Actual como Jóvenes

Al preguntársele sobre las posibles influencias producidas por la vivencia del clima de violencia y represión en ellos como jóvenes, los entrevistados dieron respuestas que hemos ordenados en el cuadro Nº 2, construido sobre la base de las siguientes categorías:

Sin influencia. El joven *explícitamente* no visualiza ninguna influencia producto de dicho clima, a pesar de que la pregunta sobre este tópico haya sido reiterada cuando en el relato pudiera haber indicios al respecto, tratando de evitar al máximo la inducción.

«Lo que pasó en el régimen militar ya.... para mí fue algo doloroso... sí, pero con el cambio y... no... no me influye pa´ na» (E 1).

Influencias negativas. El joven *explícitamente* visualiza influencias negativas del mencionado clima en su forma de ser, pensar y actuar, caracterizándose como poco expresivo, desconfiado y miedoso; en algunos casos, como autoritarios, agresivos, duros e intolerantes; y en otros sienten rechazo y/o temor a la autoridad, desencanto o falta de credibilidad en lo político-institucional.

«Yo creo que sí, en mi mismo curso yo misma me inhibo. Por ejemplo, cuando hay un conglomerado de compañeros que quieren elegir... yo siempre he querido ser presidenta de curso, del centro de alumnos, del curso, tengo ese ímpetu, pero siempre digo por estar metida en cualquier cosa, siempre tengo el temor de que al estar en hartas cuestiones o política, indirectamente me puedan... no sé po... me pueda pasar algo o pueda volver la época militar... o sea siempre trato de ser individualista y no grupal, por lo mismo... porque viví bajo... es lo único que conozco... viví bajo ese régimen y siempre tiendo a reproducirlo en alguna medida... Siempre he tenido como el temor a decir mis verdades, que otras personas puedan tener una idea mejor que la mía y la mía pueda decaer... Eso... como una especie de inseguridad» (E 42).

Influencias positivas. Sin negar que la infancia fue un período difícil producto de la represión y de que eventualmente sea un poco miedoso, el joven *explícitamente* percibe efectos positivos en su manera de ser, pensar y actuar, visualizándose, por un lado, como decidido, valiente, fuerte, responsable y consciente de sus derechos; y, por otro, valorando la vida, la libertad y la lucha por lo que se cree correcto, oponiéndose al abuso de poder, a la injusticia y a la falta de equidad, lo que en algunos casos se concreta en una orientación hacia el trabajo social.

Tabla 1
Vivencia del Clima de Violencia y Represión Experimentado en la Infancia, según Tipo de Población Expresado en Frecuencia y Porcentaje

Vivencia del Clima	Difusamente Reprimida		Intensamente Reprimida		Total	
Ausencia de riesgo	19	24.4%	6	7.7%	25	31.1%
Sensación de amenaza reactiva y momentánea	17	21.8%	7	9.0%	24	30.8%
Sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva	7	9.0%	22	28.2%	29	37.2%
Total	43	55.1%	35	44.9%	78	100%

Nota. $\chi^2 = 18.05$, 2 *gl*, $p = 0.0001$.

«Sí, en el hecho en que igual a mí no me gusta quedarme con lo que yo siento, o sea igual, yo creo que la gente se la tiene que jugar por lo que cree. Yo en ese tiempo no lo veía, la gente se quedaba callada y cuando estaban en patota como que asumían y daban la cara, pero cuando estaban solos no. Yo creo que en la vida diaria, esa gente igual se quedó con eso, o sea, la gente igual ahora... aunque esté solo o no tenga mucho que ver lo que tenga que decir, se quedan con su opinión y se la guardan. Yo no. Igual aprendí a decir las cosas, o sea a decir igual aunque de repente quede mal con la gente o a alguien no lo guste lo que yo diga; es lo que yo siento. O sea, yo respeto lo que dice el otro, pero también siento que es necesario que respeten lo que yo digo» (E 57).

Ambos tipos de influencia. El joven percibe una serie de efectos en su manera de ser, pensar y actuar, tanto positivos como negativos, producto del clima de violencia y represión vivido en la infancia.

La Tabla 2 señala que el 66.7% de los entrevistados percibe que el haber vivido en un clima de violencia y represión tuvo algún tipo de influencia en su modo de ser actual.

Al relacionar las variables se observa que ambos grupos difieren significativamente en la percepción de influencia. En concreto, son 29 entrevistados de una población intensamente reprimida (el 82.9%) que percibe influencias versus 23 (el 53.4%) del otro tipo de población.

Si unimos las categorías «influencias positivas» con «ambos tipos de influencias», veremos que el 53.9% de los jóvenes es capaz de resaltar algún aspecto positivo referido a sí mismo o al contexto en el cual se inserta producto de haber vivido en un clima de violencia y represión, siendo mayor el porcentaje de jóvenes de una población intensamente reprimida (68.6% versus 41.8%). De todos modos, la tendencia mayor de los jóvenes que vivieron en una población intensamente reprimida es a resaltar tanto elementos positivos como negativos (el 42.9%), en tanto que la mayor parte de los provenientes del otro tipo de población no visualizan influencias (el 46.6%).

La Tabla 3 muestra como los entrevistados que tuvieron diferentes tipos de vivencias infantiles del clima de violencia y represión, percibieron las influencias de éste cuando jóvenes.

Existe una diferencia significativa en los modos de percibir las influencias del clima de violencia y represión que los entrevistados hacen, según el tipo de vivencia infantil que tuvieron. Son aquéllos que sintieron la sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva los que mayormente rescatan alguna influencia positiva, si sumamos la categoría «influencias positivas» con «ambos tipos de influencias» sería el 75.8%, seguidos por los que sintieron una amenaza reactiva y momentánea (54.2%) y por los que sintieron ausencia de riesgo (28%).

Al analizar el cuestionario aplicado, se puede observar que la variable percepción de sí mismo en el continuo constricción-expansión arrojó un resultado muy dispar. La mayor parte de los encuestados (63

Tabla 2
Percepción de Influencias del Clima de Violencia y Represión según el Tipo de Población en que los Entrevistados Vivieron la Infancia, Expresado en Frecuencia y Porcentaje

Influencia	Difusamente Reprimida		Intensamente Reprimida		Total	
Sin Influencia	20	25.7%	6	7.8%	26	33.5%
Influencias Negativas	5	6.4%	5	6.4%	10	12.8%
Influencias Positivas	9	11.5%	9	11.5%	18	23.0%
Ambos Tipos de Influencia	9	11.5%	15	19.2%	24	30.7%
Total	43	55.1%	35	44.9%	78	100%

Nota. $\chi^2 = 8.31$, 3 *gl*, $p = 0.040$.

de ellos, el 78.7%) tiende a ubicarse en una tendencia expansiva, lo cual se puede ver en la Tabla 4.

Al cruzar la variable en estudio con el tipo de población en que los encuestados vivieron su infancia, se observa que no existe diferencia significativa.

Respecto de la autopercepción de la vivencia del miedo cuando jóvenes, la mayor parte, el 67.1% (53 de ellos), aparece con las característica de ser nada o poco miedoso; y el 32.9% (26 de ellos) con la característica de ser miedoso y muy miedoso, lo cual se puede ver en la Tabla 5.

En ambos tipos de población es mayor el porcentaje de jóvenes que se autopercibe con la característica de ser poco miedosos. Cabe indicar que se observa una diferencia entre los dos grupos que no alcanza el nivel de significación que hemos fijado como crítico.

Ahora bien, considerando que en un 78.8% los jóvenes se encuestados se percibieron a sí mismos como expansivos, para tipificar mejor a este grupo

Tabla 3
Percepción de Influencias del Clima de Violencia y Represión según el Tipo de Vivencia Infantil, Expresado en Frecuencia y Porcentaje

Influencia	Ausencia de Riesgo		Amenaza reactiva y momentánea		Amenaza in-tensa, pro-longada y disruptiva		Total	
Sin Influencia	17	22.0%	5	6.4%	4	5.1%	26	33.5%
Influencias Negativas	1	1.3%	6	7.6%	3	3.9%	10	12.8%
Influencias Positivas	4	5.1%	5	6.4%	9	11.5%	18	23.3%
Ambos Tipos de Influencia	3	3.9%	8	10.2%	13	16.6%	24	30.7%
Total	25	32.3%	24	30.6%	29	37.1%	78	100%

Nota. $\chi^2 = 24.06$, 6 *gl*, $p = 0.0005$

Tabla 4
Percepción de los Encuestados Sobre Sí Mismos en el Continuo Contricción-Expansión, Ordenados según el Tipo de Población en que Vivieron la Infancia, Expresado en Frecuencia y Porcentaje

Expansión/Contricción	Difusamente Reprimida		Intensamente Reprimida		Total	
Constrictivos	1	1.3%	0	0.0%	1	1.3%
Interdeterminados	10	12.5%	6	7.5%	16	20%
Expansivos	32	40%	31	38.7%	63	78.7%
Total	43	53.8%	37	46.2%	80	100%

Nota. $\chi^2 = 8.31$, 3 *gl*, $p = 0.040$.

pareció sugerente establecer un cruce entre esta variable, la variable vivencia del miedo y el tipo de población en que se vivió la infancia, obteniéndose el resultado que aparece en la Tabla 6.

La mayor parte de los expansivos son evidentemente nada o poco miedosos (el 74.2% versus el 25.8%). Al relacionar las variables tipo de población con expansión y miedo, se observa que la diferencia entre los dos tipos de población no alcanzan el nivel crítico de significatividad que se ha prefijado.

Discusión

Los jóvenes del presente estudio tienen vívidamente presente los recuerdos de su infancia en relación al clima de violencia y represión que se

vivió durante la década del 80' en Chile y el significado que éste tuvo para ellos siendo niños. No deja de ser relevante que el 37.2% lo vivieron con miedo intenso, prolongado y disruptivo, es decir, como un período terriblemente amenazante para ellos, lo cual se acrecienta significativamente para los niños que vivieron en poblaciones intensamente reprimidas (el 62.9%). Más aún, del total de entrevistados, fue el 68% que vivió con miedo los acontecimientos que caracterizaron dicho clima.

Cuando se planteó la investigación se partió del *supuesto* que los niños que habitaban en una población intensamente reprimida habrían vivido una sensación de amenaza que afectaría su desenvolvimiento cotidiano más que aquellos que lo hicieron en una población difusamente reprimida. Esto ha sido refrendado en los datos expuestos. Esto quiere decir que existiría un vínculo entre la severidad de la represión y la gravedad del tipo de vivencia. Ello contribuyó a que los jóvenes pudieran ponerse en contacto con la viviencia que tuvieron como niños sin que necesariamente distorsionaran sus recuerdos. La entrevista generó un clima que los entrevistados pudieron aprovechar para contactarse sin temor con sus recuerdos.

Sobre ese supuesto se hipotetizó que los jóvenes provenientes de una población intensamente reprimida, por haber experimentado dicha vivencia amenazante, tendrían secuelas que se expresarían en la juventud en dos dimensiones: modo de ser cons-

Tabla 5
Entrevistados Ordenados en la Escala de Autopercepción de la Vivencia del Miedo, de Acuerdo con el Tipo de Población en que Vivieron su Infancia, Expresado en Frecuencia y Porcentaje

Vivencia del Miedo	Difusamente Reprimida		Intensamente Reprimida		Total	
Nada miedoso	8	10.1%	4	5.1%	12	15.2%
Poco miedoso	25	31.6%	16	20.3%	41	51.9%
Miedoso	7	8.9%	14	17.7%	21	26.6%
Muy miedoso	3	3.8%	2	2.5%	5	6.3%
Total	43	54.4%	36	45.6%	79	100%

Nota. Un hombre de población intensamente reprimida no responde. $\chi^2 = 5.26$; 3 *gl*; y $p = 0.15$.

Tabla 6
Distribución de los Encuestados con Tendencia a la Expansión de Acuerdo con la Característica de Ser o no Miedosos, Según el Tipo de Población en la que Vivieron su Infancia, Expresado en Frecuencia y Porcencentaje.

Expansión y Miedo	Difusamente Reprimida		Intensamente Reprimida		Total	
Expansivo nada miedoso	7	11.2%	4	6.5%	12	17.7%
Expansivo poco miedoso	20	32.3%	15	24.2%	35	56.2%
Expansivo miedoso	4	6.5%	10	16.1%	14	22.6%
Expansivo muy miedoso	1	1.6%	1	1.6%	2	3.2%
Total	32	51.6%	30	48.4%	62	100%

Nota. Un hombre de población intensamente reprimida no responde. $\chi^2 = 4.04$; 3 *gl*; y $p = 0.26$.

trictivo y la característica de ser miedoso.

Los datos contradicen la hipótesis mencionada en lo referente a la dimensión constricción expansión. Un porcentaje significativo alto de jóvenes encuestados provenientes de poblaciones intensamente reprimida en su autopercepción actual no estaría expresando modos constrictivos de ser. Por el contrario, se evidencia que la mayor parte de ellos tiende a percibirse con tendencia a la expansión, es decir, en términos de Mahoney, como satisfechos, seguros, con desafíos, entusiastas, amados, tranquilos, flexibles y sociables, no registrándose diferencias significativas de acuerdo con el tipo de población en que vivieron su infancia.

En lo referente a la característica de ser miedoso, la diferencia entre los dos grupos no alcanzó el nivel de significatividad considerado como crítico.

Los datos presentados sugieren que el clima de violencia y represión no favoreció, en quienes la sufrieron intensamente, la estructuración significativa y perdurable de estilos constrictivos de vida ni la característica de ser miedoso. Por esta razón, pensamos que las secuelas visualizadas por la teoría neuronal del trauma y la organización mental insegura y evitativa del enfoque psicosocial deberían relativizarse.

En esta perspectiva, un primer enfoque que permite tal relativización, se refiere a que la medición de la cual se está dando cuenta, se hizo con una distancia de 10 años aproximadamente desde que se dio el proceso de amenaza que hemos caracterizado como clima de violencia y represión. Esto es importante considerarlos por varias razones.

La primera, es que los miedos tienen una evolución en el tiempo; Spence y Mc. Cathie (1993) constataron un decrecimiento de los miedos a medida que se avanzaba en edad, a su vez, Gullone y King (1993) constataron que los adolescentes presentan menor número de miedos e intensidad de los mismos al compararlos con niños menores.

La segunda, dice relación con las estrategias familiares para enfrentar los miedos, en el momento en que éstos ocurren y al haber finalizado la amenaza, así como en el tipo de soporte social del cual dispusieron, pues se encuentra demostrado que los miedos disminuyen cuando el niño está acompañado de un adulto o no está solo (Bowlby, 1985). Al respecto, cabe indicar que la mayor parte de los encuestados califica su interacción familiar como buena (el 62.5%) o regular (el 31.3%) y que el 58.8% de los jóvenes se encuentra participando en algún tipo de organización, lo cual estaría indicando que ha habido importantes elementos de continuidad a nivel familiar y social que les ha permitido a los entrevistados ir superando la vivencia de la amenaza.

La tercera, se relaciona con el fin de la amenaza, o por lo menos una importante desactivación de ella. De hecho, Alamo (1995) al estudiar a niños cuyos familiares fueron víctimas directa de la represión (detención, persecución, muerte, tortura, cárcel), indica que los trastornos conductuales, emocionales y físicos por él identificados, siguen existiendo después de ocurrido el hecho represivo, cuando la situación dolorosa se mantiene en forma indefinida, sin resolución. En otras palabras, el percibir una situación de cambio que disminuye o extingue la amenaza juega un rol fundamental en la superación de dichos trastornos. En este sentido los jóvenes entrevistados habrían desarrollado alguna forma de entendimiento experiencial y/o racional de la situación de amenaza, que la ubica temporalmente en un período histórico concreto ya superado. Si bien las emociones resultantes del clima de violencia y represión vividos por éstos jóvenes siendo niños pudieran estar latente a nivel tácito, ha habido un distanciamiento de dichas situaciones, pues no hay en la actualidad situaciones que mayormente pudieran estarlas gatillando. En esta perspectiva, los cambios que se producen en el contexto histórico (la transformación del patrón ideológico e institucional vigente bajo el régimen militar), impulsarían una progresiva readecuación de la organización mental de los individuos (cfr. Brofenbrenner, 1979).

Sobre la base de este enfoque, hipotetizamos que los jóvenes habrían contado con la posibilidad de reinterpretar las situaciones experimentadas en su niñez. El hecho de resignificar lo vivido en una perspectiva valórica, condenando lo injusto y arbitrario, pudo haber sido un importante factor que los impulsara a una búsqueda y encuentro de situaciones externas no amenazantes, que pudiera haber reafirmado su capacidad de expresión y proporcionado explicaciones a las situaciones vividas.

Un segundo enfoque de relativización, tiene que ver con la importancia del tipo de vínculo que se genera en los sectores populares. De algún modo, el proceso de ordenamiento y reordenamiento del sentido de uno mismo como individuo abierto al mundo, que ejerce control sobre su miedo de tal modo que este no lo constriñe al aislamiento, la inseguridad y la evitación, podría verse explicado por el tipo de vínculo experimentado en el momento de vivir la amenaza y, también, en los años anteriores y pos-

teriores. La regularidad de la conducta de protección y afecto de los adultos significativos, tanto en su familia como en el vecindario, podría ser un factor positivo para contener y transformar la emoción de inseguridad y temor como un evento producido externamente, él cual no daña las interacciones afectivas básicas.

Al respecto, cabe indicar que los niños y adolescentes de sectores populares no marginales mayormente perciben su familia con altos grados de estabilidad interna y una continuidad temporal, muchas veces opuestas a como perciben el contexto sociopolítico, constituyéndose ésta en un factor fundamental para la construcción de su propia identidad (Magendzo, 1994).

En otras palabras, la situación de amenaza cronológicamente localizada es un evento contextual significativo, pero no es el único. Existen una serie de eventos emocionalmente significativos que, arraigados en la familia y el vecindario, pudieran haber discontinuado o, por lo menos, complejizado la sensación de amenaza, con el consiguiente reordenamiento de la organización mental de los jóvenes, expresado en una autopercepción, aunque en alguno de ellos con característica de ser miedosos, como fundamentalmente expansivos.

En una perspectiva distinta, a la considerada en los párrafos anteriores, se puede decir que se ha definido la expansión como una percepción de apertura a la experiencia, a la experimentación, al cambio, que se cimienta sobre una visión más bien positiva de sí mismo, pero que no se indagó, en esta primera etapa que se está exponiendo, sobre los modos en que dicha percepción se expresa frente a situaciones determinadas, que pudieran recordar hechos de violencia y represión vivida en la infancia.

Finalmente, cabe destacar que los resultados obtenidos en relación al continuo constricción-expansión y a la autopercepción de la vivencia del miedo, en ningún momento fueron interpretados como efecto del mecanismo psicológico de la negación, es decir, estimar que los entrevistados, producto de una característica cultural muy propia de nuestro país, tienden mayormente a no expresar sus conflictos y debilidades, sino más bien intentan esconderlos, mostrando algo que es una apariencia de normalidad. Desechamos tal interpretación en especial porque los contenidos de las entrevistas nos permitieron darnos cuenta que, por un lado, nos encontramos con jóvenes de sectores populares que, aun sufriendo como niños, fueron capaces como jóvenes de disminuir su drama y superarlo y, por otro, pudieron ponerse muy en contacto con su experiencia infantil de amenaza.

Referencias

Alamo, L. (1995). Estudio exploratorio respecto a las repercusiones psicológicas en niños víctimas de la represión política. En L. Alamo y otros (Eds.). *Infancia y represión*. Santiago, Chile: Fundación PIDEE.

Becker, D., Morales, G., & Aguilar M. I. (1994). *Trauma psicosocial y adolescentes latinoamericanos: Formas de acción grupal*. Santiago, Chile: ILAS.

Berger, P., & Luckmann, T. (1984). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Bowlby, J. (1983). *Attachment and loss*. Londres: Hogarth Press.

Bronfenbrenner, V. (1979). *The ecology of human development*. Cambridge, USA: Harvard University Press.

Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (1990). *Persona, estado y poder*. Santiago, Chile: Codepu.

Gibson, E. J. (1988). Exploratory behavior in the development of perceiving, acting, and the acquiring of knowledge. *Anual Review of Psychology, 39*.

Goleman, D. (1995). *Emotional intelligence*. USA: Bantam Books.

Gullone, E., & King, N. J. (1993). The fears of youth in the 1990s. *Journal Genet Psychol, 154*.

Lira, E., Weistein, E. & Salomovich, S. (1985-1986). El miedo: Un enfoque psicosocial. *Revista Chilena de Psicología, 8(1)*.

Maddaleno, M. (1986). Enfoque familiar y los problemas de salud del adolescente. *Salud Familiar*. Santiago, Chile: CPU.

Maddi S. R., Hoover, M., & Kobasa S. C. (1982). Alienation and exploratory behavior. *Journal of Personality and Social Psychology, 42*.

Magendzo, S. (1994). *La familia: Apoyo fundamental*. Santiago, Chile: Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE).

Mahoney, M. (1991). *Human change processes. The scientific foundations of psychoterapy*. USA: Harper Collins Publishers.

Moulian, T. (1997). *Chile actual, anatomía de un mito*. Santiago, Chile: Editorial LOM.

Rodrigue, J. R., Olson, K. R., & Markley, R. P. (1987). Induced mood and curiosity. *Cognitive Therapy and Research, 2*.

Spence, S., & Mc. Cathie, H. (1993). The stability of fears in children. *Journal Child Psychol. Psychiatry, 34(4)*.